

leza divina unida á la humanidad de Cristo en las entrañas de María, y comunicadas á nuestro corazón en encarnaciones incesantes de caridad y de luz. Venerar á María, ensalzar á María, pensar constantemente en María, es sublimar la razón para que no pierda jamás la verdad religiosa, y hasta para poseer más fácilmente la verdad científica; es escudarnos contra las corrientes del progreso material y mecánico de nuestros días, no siempre inspirado ni santificado por la moral y la virtud cristianas; es alejarnos victoriosamente de esas pasiones y esos torbellinos del mundo, donde los egoísmos aterran, y las envidias matan, y los lujos enloquecen, y las rivalidades arruinan; es fijar la mirada del espíritu en los cielos, de los cuales María es Reina con la Trinidad Augusta; es proponerse, con resolución firme y segura, imitar las virtudes de esa Virgen Purísima, contemplándola en el retiro donde ora, siguiéndola en el hogar donde edifica, respirando el aroma de humildad que ella despide, difundiendo la caridad que ella atesora, mostrando las aureolas mil que la circundan, exhalando, en fin, el último suspiro entre las oraciones de la Iglesia, y en el recuerdo y en la gracia del amoroso Jesús, que nos espera á la diestra de su Padre para gozar con Él de la eternidad de su gloria.

ASÍ SEA

SERMÓN
SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN
DE NUESTRA SEÑORA



Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?

¿De dónde para mí tanta dicha, que la Madre de mi Señor venga á mí?

LUC., I, 43.

NUNCA el entendimiento católico y el corazón humilde intentaron penetrar en las esferas de lo sobrenatural y lo infinito, sino poseídos de un temor santo é impulsados por los más hermosos y saludables propósitos. Creer y esperar, amar y bendecir, inspirarse y encenderse en los vehementes anhelos de la gloria del Señor, y difundir por todas partes estas enseñanzas y estos sentimientos salvadores para la vida moral del hombre y de las sociedades, tal es el noble fin, tal el constante afán de los espíritus religiosos, al pretender levantar alguna punta de aquel sagrado velo que oculta á nuestra razón los mundos

superiores y los misterios sacrosantos de la Religión de Jesucristo.

Mas al par que estas elevaciones de la mente y esos impulsos del alma se realizan entre un respeto profundo y una reverencia humilde, coexiste en el corazón cristiano, con esos ímpetus de la adoración y de la caridad, una paz tan suave, un gozo tan sereno cuando meditamos sobre los arcanos de nuestra fe, que no sabríamos decir si el temor se sobrepone al amor, ó si es la caridad divina la que se enseñorea de nuestro ser, perfeccionando en el entendimiento y en la voluntad cuanto el temor de Dios ha iniciado en los secretos de nuestra vida, en el recto uso de nuestras facultades, y en la práctica ordenada de nuestras acciones.

Los motivos que en este día ofrece la Iglesia Católica á nuestra consideración y nuestra piedad, despiertan y avivan más especialmente en nuestro ánimo la sumisión y el júbilo, la sensibilidad y la ternura, para levantar nuestra inteligencia y para dilatar nuestro ánimo. En otros altos Misterios de la Virgen María, Madre del Verbo, presentábase á nuestra mente, con toda su inmensa grandeza, la idea de la Eternidad en que Dios vive; de la Unidad de la Esencia Divina, indispensable en el Dios Verdadero y Absoluto; de la Trinidad de Personas, relación íntima y necesaria del Entendimiento y del Amor Divino; de la Creación del mundo y del hombre, que son el

Pensamiento Eterno de Dios; la promesa de un Salvador, que había de rescatar á la criatura humana, inteligente y libre, que abusó de sus dones, y el anuncio simultáneo de la Mujer bendita que prestaría su humanidad al Redentor de la naturaleza caída: aquella historia, en suma, de sublimidades maravillosas, de inenarrables prodigios de la Antigua Ley, en que la fe del Mesías y las figuras magníficas de la Virgen de Israel conmueven los imperios y llenan las generaciones: las profecías, por ultimo, de la Encarnación del Unigénito del Padre, portento de la Sabiduría, de la Caridad y la Omnipotencia del Altísimo, cumplidas en la plenitud de los tiempos, en el momento que la Infinita Providencia elige para restaurar las sociedades degradadas, con la venida y con el sacrificio de Jesús, Dios y Hombre verdadero, y con la cooperación de la Mujer privilegiada, Madre amantísima y heroica del Mediador que redime, y que será también Madre amorosa de las generaciones redimidas, hasta la consumación de los siglos.

Pero en la Festividad, Señores, que hoy nos congrega bajo estas santas bóvedas, nosotros hemos de dar mayor parte al corazón que á la inteligencia, lugar más preferente á las ternuras reposadas y suaves que á las adoraciones rendidas ante majestades supremas. Prostérnese en buen hora el hombre religioso ante la inaccesible excelcitud del Señor de los que dominan: dóblese

nuestra rodilla delante del Tabernáculo augusto, donde reside y se nos brinda tiernamente el Cristo real y eucarístico; pero lejos de arrebatarnos hoy la mente y la fantasía entre los rayos de esos soles que deslumbran, hasta la unión inescrutable de lo infinito con lo finito, vamos á sumergirnos en la contemplación de atmósferas tan risueñas como el azul del cielo, á engolfarnos en océanos tan mansos y tranquilos como las transparentes aguas del lago.

Siguiendo nosotros el precioso encadenamiento de los Misterios de la Virgen María, después de las celestiales maravillas de la Unión Hipostática, objeto principal de la Teología católica, y de la Anunciación á María de su Maternidad divina, se encuentra el alma piadosa con la apacible y encantadora escena de la Visitación de la Virgen Inmaculada á la mujer de Zacarías: y la razón, y el espíritu, y la imaginación á un tiempo, al descender, abrumados por grandeza tanta, de la cumbre de aquellos misterios insondables, goza con detenerse en la sencilla morada donde Isabel habita, como el viajero que, bajando de las más altas cimas de gigantescos montes, descansa sonriente en la cabaña de la pintoresca colina, ó en la frondosa alameda de cultivados valles.

En la modesta mansión de Nazareth todo había sido, Señores, fulgores imponentes, manifestaciones soberanas de superiores mundos; en la casa del Sacerdote anciano todo son las tintas

rosadas de la aurora, ó las fajas de purpúrea luz de los crepúsculos de la tarde. Allí visitó el Arcángel, mejor diré, visitó el Dios Increado á la Doncella privilegiada y única: aquí visita María á Isabel, para compartir con ella su dicha y para comunicarle los tesoros de sus dones y sus gracias. Allí se ha demostrado la predestinación singularísima de la Virgen de Judá para una dignidad y una misión sin semejante en los destinos humanos: aquí se ha hecho patente la singular predilección de la Virgen María para con la afortunada Isabel, que, en expresión de muchos Padres y Expositores, no es sólo la prima de María, sino más bien la hermana, la amiga, la criatura predestinada con ella, y que nos representa anticipadamente con María el adorable grupo de Jesús y el Bautista en los memorables días de su infancia y en las horas solemnes de sus predicaciones.

Vamos, pues, á recoger algunas plantas salu-
tíferas, algunas olorosas flores, en ese jardín místico de la Iglesia de Cristo.

Contemplaremos en la Visitación de la Virgen María un cuadro de santo amor que nos revela las suaves hermosuras de la gracia divina, y nos infunde anhelos de una virtud profunda; y considerándonos llamados todos á la participación de tan fecundos carismas, diremos con las inspiradas palabras de Isabel: «¿De dónde para mí tanta felicidad y tanta gloria, que la

Madre de mi Señor se digne visitarme? Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?

Imploremos antes los auxilios del Espíritu Divino, por la intercesión de la amorosa Madre del Verbo, á la cual saludaremos con el Ángel Gabriel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

EN un hermoso día del mes de Nisán, del calendario hebraico, y cuando la naturaleza toda estaba ya revestida con las más espléndidas galas de las regiones de Oriente, llevada de amores santos y á impulsos de una gratitud inmensa, la Virgen de Israel recorría con inefable gozo, con presuroso paso, la distancia que media entre la humilde Nazareth, de la tribu de Zabulón, y las lejanas montañas de Judá, cuyas quebradas y colinas eran tan amadas del Sacerdote hebreo, y desde las cuales podían ser divisadas las altas torres del gran Templo de Jerusalén, en los días radiantes y apacibles.

La marcha era larga y penosa, el camino escarpado y difícil. Levantábase en su curso la altiva Endor, morada de la famosa Pitonisa á la que consultó el desgraciado Saúl en la víspera de su derrota y de su muerte, bajo los montes de Gelbœ. Allí florecía la ciudad de Sunam, de la tribu de Isachar, lugar favorecido por los prodi-

gios de Eliseo, y donde había nacido Abisag, la bella Sunamita, esposa virgen del anciano Rey Profeta. En aquellas breves jornadas se encuentran los fértiles valles de Esdrelón, ceñidos por las agrias montañas de Samaria; Bethulia, la de abundantes fuentes, inmortalizada por Judith; la graciosa Sichem, entre el Garizim y el Hebal, en la cual se tejió gran parte de la genealogía de la Virgen singularmente escogida; Silo y Bethel, tan ricas en antiguas tradiciones, llenas todas de gloriosos recuerdos; y aquella inolvidable Modin, ciudad reina de las alturas, cuna y sepulcro venerandos de los invencibles Macabeos. Y escoltada por tantos y tan inmarcesibles laureles, invisiblemente acompañada de legiones celestes, y de los Patriarcas, los caudillos y las heroínas que inmortalizaron en los pasados siglos aquella tierra predilecta, acaso después de haber ofrecido en los altares de Jerusalén sus oraciones eucarísticas, María llega á las vistosas laderas de Judea, bordadas de flores y de árboles, y penetrando en la mansión del santo Sacerdote, saluda á Isabel con estas dulces palabras, tan proverbiales y tan repetidas en las generaciones bíblicas, y perpetuadas por la caridad de Cristo y por la liturgia católica en las generaciones evangélicas: «La paz sea con vosotros:» saludo, hermanos míos, henchido de gracias y misterios; saludo de los afectos legítimos, saludo de los fuertes vínculos de una misma sangre, saludo de los cielos á

las virtudes fecundas, saludo de Cristo, ya presente á los corazones rectos y fervorosos que van á prepararle sus caminos, y que le ofrecen ya sus primeros adoradores. Y después de estas palabras tan sencillas y tan conmovedoras, comienzan á revelarse los prodigios de la caridad y de la fe. los designios providenciales de la Sabiduría Infinita.

¿Qué pensamiento íntimo, qué intenciones y propósitos han guiado á la angelical María á la mansión de sus deudos? ¡Ah! No ha ascendido la casta Doncella á la montaña, mecida por vientos de vanidad, ni agitada por la duda (1). Llévanla naturales ímpetus del corazón, dulces afinidades de carácter, interesantes semejanzas en el concepto y en la misión del deber y en los oficios de unas vidas donde todo había de ser luz, y candidez, y grandeza. Llévanla allí igualmente consideraciones de un respeto profundo, porque María no sólo ama á Isabel, sino que la admira y la venera por su edad madura, por su santidad consumada, por la prolija y suave memoria que hizo el Angel Gabriel de sus sobrehumanos honores y de sus insólitos privilegios. Pero más que esto todavía, dirígenla á aquel sitio tan célebre miste-

(1) Abiit — ait Sanct. Ambros.— non quasi incredula de oraculo, nec quasi incerta de nuntio, nec quasi dubitans de exemplo, sed quasi læta pro voto, religiosa pro officio, festina pro gaudio. (Cit. à Corn. Alap., in Luc., I.)

riosas intuiciones, elocuentes voces de la altura, fuerza irresistible y divina, cuyo poder y cuyos designios no conoce, tal vez, por entero, para liberrar de toda mancha la natividad de Juan Bautista, para recompensar á Isabel por sus virtudes y por su confianza en el Señor, para demostrar á la humanidad entera cómo la Madre de Dios y la Reina de todo el Universo tórnase en sierva voluntaria y humilde para ennoblecer y para enseñar á las almas (1).

Isabel, entretanto, se ofrece á nuestro espíritu como la más diligente, la más amable, la más perfecta quizá de las mujeres, después de la Virgen María: diríase que Sara y Rebeca fueron su hermoso tipo, y que la Madre del Salvador viene á ceñir su frente con las fúlgidas aureolas de la mujer del Evangelio. Nosotros nos complacemos en delinear la figura de esa mujer insigne, porque es modelo acabado para todas las edades de la vida humana; porque todo en ella nos atrae y nos santifica; porque hasta su calidad de madre la presenta á nuestra imaginación, no obstante la narración evangélica, joven como María, tierna como María, embellecida é idealizada con el ambiente de paz, de gracia y beatitud que allí se extiende y se respira. En aquel instante solemne,

(1) Beata Virgo prior salutavit (ait S. Ambros.) decet enim ut, quantum castior virgo, tanto humilior sit, noverit deferre sermonibus. Sit magistra humilitatis in qua es professio castitatis. (Cit. à Corn. Alap., in Luc., I.)

Isabel experimenta en su corazón todas las alegrías de la naturaleza y todas las delicias de una conciencia pura; porque comprende que, en la visita de María, es Dios quien la visita, quien se digna elevarla á la cúspide de todas las grandezas del espíritu, infundiéndole el dón de profecía, revelándole una parte de sus grandes arcanos, dándole un hijo tan extraordinariamente privilegiado como no le habían visto los siglos, y que formaría con ella un centro, un foco tal de luces celestiales y de castos amores, como convenía al prólogo sublime de la Buena Nueva, á los espacios y arrebatadores atrios de la Iglesia de Cristo. Y esclarecida por estas iluminaciones interiores, encendida en las llamas del Espíritu Divino, es cuando Isabel exclama, con acento tan poderoso como dulce, acento que debió ser escuchado por las almas todas que descansaban en el seno de Abraham, y por todas las jerarquías angélicas: «Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu seno. ¿Cómo yo he podido merecer tanta dicha, que la Madre de mi Señor venga á mí?» Palabras, Excmo. Señor, pronunciadas en las elevaciones de éxtasis sobrehumanos; acción de gracias proferida por la comunicación de sobrenaturales favores; saludo eterno que ha de resonar, con ecos proporcionados á su celestial origen, en toda la sucesión de los siglos.

María, la Bienaventurada María, afirmada en su fe, confirmada en la gracia, no había dudado,